

negocios de la corte de Versalles en Rusia, fué presentado la primera vez en la corte de Elisabeth, en traje de muger, con el nombre de Mademoiselle Lia de Beaumont. La joven agregada llevaba su mision especial de cautivar la benevolencia de Elisabeth, y de aprovechar la influencia conseguida por sus cualidades personales para inducir á la tzarina á acceder al tratado de Versalles. El éxito fué completo, y la joven agregada llegó á ser el favorito secreto de Elisabeth. Esta intimidad del caballero con la emperatriz le facilitó una copia del testamento de Pedro el Grande. El caballero D'Eon volvió á Francia en 1757, encargado por su amiga imperial del acta de su adhesión al tratado de Versalles. Comunicó el testamento de Pedro el Grande, primero al abate de Bernis, ministro de negocios extranjeros, y después al mismo rey. Mas este plan gigantesco de dominacion europea, concebido por Pedro I, pareció quimérico á los ministros de Luis XV. Hé aquí algunas palabras del caballero D'Eon, reproducidas en la *Vida política del caballero D'Eon*, publicada en 1779 por Lafortelle:

«Los ministros de Versalles no dieron importancia á esta comunicacion, y miraron los planes como imposibles y quiméricos. En vano desde mi lecho (el caballero D'Eon se había roto una pierna al volver de Rusia) redacté y envié informes particulares al rey, al mariscal de Belle-Isle, al abate Bernis, al marqués del Hospital, que acababa de ser nombrado embajador en San Petersburgo, y por último al conde de Broglie, embajador en Polonia, para declararles que la intencion secreta de la corte de Rusia era guarnecer con sus tropas á la Polonia, á la muerte inminente de Augusto III, para hacerse dueña absoluta de la eleccion del futuro rey, y apoderarse de una parte de su territorio, con arreglo al plan de Pedro el Grande; á ninguna de mis advertencias se prestó seria atencion, sin duda porque procedian de un joven; pero en 1778 se vieron los efectos de la preocupacion que se tenia con respecto á mi edad.»

EL LADRON DE LA CORTE.

CAPITULO XI.

La novia.

En este instante apareció Isabel trayendo por la mano á una joven de aire poco distinguido, pero cuyo rostro anunciaba talento y alegría. Parecía asombrada: su marcha irregular revelaba la mas completa ignorancia de las costumbres cortesanas, y sus relucientes adornos hacian mas notable la torpeza con que los llevaba.

— ¡Qué! exclamó sonriendo la princesa Sofia, ¿es ella?

— Sí, hermana mia, replicó con aire de seguro triunfo Isabel; ya comprenderéis el interés que yo tenia en el cumplimiento de este importante deseo.

— Sin duda, hermana. Sois habilísima diplomática.

— Creo que durante mi ausencia habreis tenido la prevision de preparar á Rimberg á este enlace necesario...

— Nada he olvidado para penetrar los secretos de su corazon, y me atrevo á aseguraros que está perfectamente dispuesto...

— Muy bien. Eso es todo lo que yo deseaba.

Esta corta conversacion á media voz habia dado tiempo á los otros personajes de nuestra escena para examinarse recíprocamente. Conocióse á primera vista que Gustavo se hallaba dominado por la incertidumbre, pues miraba alternativamente, ya á la recién venida, ya á Sofia. Sus miradas parecian demandar á esta última una explicacion definitiva sobre la conducta que debia observar; pero la hermana de Erico no reparaba en él.

En esta situacion, dijo Isabel á Gustavo designándole su protegida:

— Caballero Rimberg, permitidme que os presente á la señorita de Reding, una de mis damas de honor.

El teniente se inclinó sin saber siquiera qué le habian dicho.

— Os dejo, hermana, artículo Sofia; voy á ver al rey.

— Yo os lo iba á proponer, la contestó Isabel en voz baja. Detened diestramente á nuestro hermano, no sea que un capricho le traiga por acá, y entonces... ¡adios mis planes!

— Confíad en mí. Voy á concluir mi obra, dijo Sofia desapareciendo por una puerta que ocultaba un tapiz.

— Yo tambien me voy, añadió Isabel. Señorita Reding, esperadme aquí.

Gustavo conoció entonces la intriga que se le habia preparado. Al dejarle con su dama de honor, Isabel le obligaba á una declaracion brusca que debia provocar una respuesta terminante, y por otra parte la princesa Sofia le impedia aquel amor lo mismo que el casamiento... ¿Qué hacer? ¿Cómo podría conservar la proteccion de las dos hermanas, que, aunque interesada, era de gran valor para él?

Miró temeroso á la joven, que por su parte le contemplaba con provocativa sonrisa.

La conversacion que acababa de tener con Sofia sobre los amores de Ovidio, habia agolpado á su imaginacion un sin fin de ideas, y lisonjébase de haber comprendido aquel *quid pro quo*. La princesa, contenida hasta entonces por la dominacion de su hermana, habia aprovechado aquella ocasion que se le presentaba de ponerle su corazon de manifiesto; ¡y era él quien habia conquistado aquel corazon, el que desde entonces lo dominaba con absoluto imperio!

Este pensamiento que halagaba su vanidad, despertaba al mismo tiempo su ambicion. Una fiebre de esperanzas y de felicidad sin limites inflamaba su sangre... ¡y hallándose en este estado le proponian una union insignificante, una union cuya necesidad ú objeto no comprendia!

El lector concebirá fácilmente que Gustavo no sabia cómo entablar la conversacion; de manera que los dos futuros se observaban de reojo como dos duelistas que proyectan una pillada.

En fin, la joven, mas impaciente que él, le sacó de sus cálculos abordando así la cuestion.

— Caballero, yo no sé si estareis tan enterado como yo, por lo cual voy á deciros el objeto de esta entrevista que nos

han preparado. A mí me encargaron que os agradara, y á vos que me améis; ¿no es esto?

— Ciertamente, señorita.

— Pues bien, antes que empeceis á hacerme la corte debo deciros que no soy lo que parece. Me han dado un nombre falso, y cualidades falsas tambien. Mi nacimiento es tan oscuro y miserable, que no merece se hable de él; pero eso no me impide ser muy altiva, y os declaro que aunque fuéis baron, no os querría para marido.

— ¡Ah, señorita! ¡qué confesion acabais de hacerme! ya veo que nos vamos entendiendo... no podeis figuraros hasta qué extremo me pareceis adorable.

— Yo no quiero pareceros adorable, caballero teniente, porque me comprometeria.

— ¡Oh! no temais... Es una galanteria que á nada me obliga.

— Enhorabuena, porque aunque fuéis conde, rehusaria vuestra mano.

— Y yo haria otro tanto, aunque fuéis duquesa.

— ¡Magnífico! Pero puesto que ya estamos de acuerdo, hablemos de nuestros negocios. Si consigo lo que espero, os protegeré, mi querido oficial.

— Si yo llevo al grado de poder que ambiciono, os concederé cuanto pidais.

— Seria muy extraño eso... nada anheláramos que no consiguiésemos.

— Al entrar aquí esta mañana no abrigaba ninguna idea ambiciosa; pero ahora... me siento arrastrado á mi pesar... ¡Oh! ¡cuán peligroso es el aire de palacio, señorita!

Aquí llegaban con su conversacion, cuando á través de un gran espejo sin alinde, colocado sobre la chimenea de la habitacion, apareció el rostro de la princesa Isabel. Sus ojos escrutadores fijábanse con curiosidad sobre el teniente y su prometida, y aunque no podia oírlos, separada como estaba de ellos por aquella pared de cristal, ningun gesto, ninguna impresion de sus rostros se la escapaba.

Gustavo la vió el primero, y advirtió á la joven de este singular espionaje.

— ¡Ah, Dios mio! exclamó esta, ¿cómo saldremos de situacion tan embarazosa? La princesa Isabel me ha amenazado con las mayores desgracias si nuestra boda no se celebra.

— Mi proyecto, como ya conocéis, no es darla gusto.

— Ni el mio tampoco. ¡Ah! esperad, teniente; ya encontré un medio de arreglarlo todo. Vais á sentaros á esta mesa y á escribir que rehusais mi mano... Con esta declaracion, que yo mostraré, me habré salvado.

— ¡Oh! dispensadme; pero yo no puedo dar ese paso. La proteccion de la princesa Isabel me es demasiado útil para que me esponga á perderla. Vos sois la que debe firmar la repulsa.

— ¡Eso es imposible! Si conociérais mi posicion!

— No podeis adivinar la mia.

— Es un secreto que no puedo revelar...

— Y yo tengo un gran misterio que ocultaros.

— ¡Ah, caballero! Vos que pareceis tan bueno, renunciad á mi mano, y os lo pido. ¡Seria eso muy digno de estimacion en vos!

— ¡Digno de estimacion! Vos lo sois mas que yo, y os suplico que me lo probeis consintiendo en declarar que soy indigno de llamarme vuestro esposo.

— ¿Está allí la princesa aun? preguntó la dama de honor sin atreverse á mirar.

— Sí, respondió Gustavo.

— ¿Qué haremos puesto que no queremos ceder ni el uno ni el otro.

— No lo sé.

— Pues bien, para vencer vuestra terquedad me veo ya en la precision de ser indiscreta. Sabed, caballero, que soy amada por el mas elevado personaje de la corte...

— ¿El príncipe Juan?

— No: otro de mas rango.

— ¡Es posible! exclamó Rimberg, examinándola sorprendido. ¿Quién sois pues, señorita?

— Catalina Mansdotter.

— Nada me dice ese nombre, y aun seguís siéndome desconocida; pero jamás revelaré á nadie la confesion que acabais de hacerme... ¡Ah! ya comprendo el singular complot en que se me queria enredar... pero yo desbarataré las intrigas de la princesa, y no seré víctima de la inmoral union que se me proponia.

— ¡Inmoral decís! no os comprendo, señor Rimberg. Si pudiesen efectuarse, nada tendrian nuestras bodas de inmoral; ¿entendeis? Os he querido decir que soy amada por el rey, pero no que fuese su querida.

— En ese caso, escusad mi error... y las sospechas que mi respeto quiere olvidar...

Al inclinarse delante de Catalina pronunciando estas palabras, llamó la atencion del joven el movimiento de un tapiz que oscilaba á su derecha, delante precisamente de la puerta por donde salió Sofia á ver al rey.

— La otra está allí, se dijo á sí mismo. La una nos ve, y la otra nos escucha.

Después hablando al oído de Catalina:

— Dejadme hacer, la dijo. Sea cualquiera el papel que voy á desempeñar, aparentad secundarme y comprenderlo. De este modo no nos malquistaremos con nadie.

Entonces, situándose enfrente de Isabel, se precipitó á los pies de su dama de honor, y acompañando con los mas desordenados arrebatos de la pasion las palabras que la dirigia, prosiguió en estos términos:

— No, señorita: jamás mi corazon os pertenecerá... aunque hago justicia á vuestros encantos... Sois digna de agradecer á un rey; pero mi amor pertenece á otra muger... ¡Sé que este amor es peligroso, y que me matará... lo sé!

— ¡Bien! ¡muy bien! le interrumpió Catalina.

— Pero... ni aun sacrificando mi vida puedo renunciar á él... Cerca de vos mi alma cree estar al lado de otra... os veo, y mi pensamiento vuela á unirse con la que adoro... Estas frases de ternura que debia deciros á vos, las dirijo á ella... ¡Si fuéis reina del mundo, os pediria la muerte antes que renunciar á este amor, sin esperanzas, sí, pero que labra la felicidad de un insensato!

— Comprendo bien vuestros sentimientos, caballero, y os agradezco que me lo confeseis con tanta franqueza... Levantaos.

— ¡Oh! no; permaneceré siempre á vuestras plantas. Permitidme ofreceros mi voluntad, mi apoyo, toda la fuerza, en fin, que Dios y mi espada puedan darme para protegeros y servirlos.

— ¡Ah! ¡los acepto con el mayor reconocimiento! Sois un excelente joven, señor de Rimberg, y me acordaré siempre de vos.

Una dulce mirada amistosa, y un ligero apretón de manos, acompañaron estas palabras de Catalina.

Isabel, comprendiendo por estas señas que habian quedado acordados los futuros, entreabrió pausadamente la puerta sin hacer ruido, á fin de anunciarles el dia de su próxima union.

Gustavo, que no la habia visto, continuó:

— La que ha merecido las miradas de mi soberano, será siempre sagrada para mí... Atreverme á pretenderla seria un sacrilegio que no cometeré jamás.

— ¡Qué escucho! exclamó Isabel colérica.

— Es inútil añadir una sola frase, replicó Catalina: no podemos ser el uno del otro... nuestra voluntad es unánime. Quedamos amigos, que es lo que mas nos conviene.

— ¡Con que los dos me han burlado! la interrumpió Isabel irritada.

Estas palabras hicieron á Gustavo levantarse, y Catalina, con voz temblorosa:

— Señora, dijo en la mayor agitacion, no es nuestra la culpa, si...

— ¡Callad! vuestro destino podria ser brillante, lo habia preparado con reflexion, y asegurado para siempre... pero... ¡habeis despreciado mis beneficios, desechado mi proteccion! ¡Cúmplase vuestra suerte!

— Vuestra alteza no podia adivinar que nuestros corazones repugnaban este proyecto, dijo Gustavo.

— Demasiado, caballero Rimberg, demasiado. Muy tarde sabreis cuán peligroso es desobedecerme. Esos ascensos, esos honores que os habia prometido os serán negados obstinadamente, por mas esfuerzos que hagais para merecerlos.

En este momento se levantó el tapiz que anteriormente se moviera, y un joven page entró lentamente, siendo portador de un despacho sellado, que entregó á Gustavo, diciéndole:

— De parte del rey.

Rimberg lo tomó temblando, convencido, tan turbada se hallaba su imaginacion, de que le imponian ya algun castigo. Catalina parecia deseosa de ver qué contenia el papel; y la princesa sonreía alborozada creyendo que su hermana Sofia apresuraba su venganza, después de haber escuchado detrás del tapiz.

— Abrid ese pliego, caballero, dijo Isabel. Las órdenes del monarca deben ser obedecidas inmediatamente.

Gustavo se decidió á romper el sello: pero ¡cuál seria su sorpresa al leer!

«Por el presente nombramos al señor Gustavo Rimberg, antiguo teniente de nuestra guardia, coronel y gobernador del fuerte de Orby-Hus.»

— ¡Oh, señora! exclamó Gustavo ébrio de felicidad, ya lo adivino todo... este casamiento era un juego... una prueba que el rey habia preparado para conocer los sentimientos de vuestra dama de honor... El nos escuchaba sin duda desde allí (y señalaba el tapiz); ha conocido nuestra lealtad, nuestra mútua franqueza, y su majestad se digna recompensarme... ¡Ah! ¡solo á vos, noble princesa, debo tan alta prueba de su bondad! Creed que mi reconocimiento durará tanto como mi vida.

Isabel parecia una estatua durante esta singular interpretacion de los favores del rey, y con todo el imperio que sobre sí misma tenia procuraba ocultar la rabia que la devoraba.

— ¡Su hermano acababa de ponerla en ridiculo! y no merecia perdon este último ultraje.

— ¡Ah! ¡habiais ideado esta escena para probarme, mi querida señora? exclamó alegremente Catalina. Yo espero que estareis conmigo contentos, tanto el rey como vos. Ved por qué casualidad hemos burlado á la corte, ó á los principales personajes que la componen... Esta diversion os habrá hecho pasar un buen rato, y creo que se inventará otra cosa para mañana; ¿no es verdad?

Isabel hizo una señal afirmativa sin responder... estaba livida.

— ¡El rey! anunció el page que se habia quedado á la puerta.

Entró en efecto Erico, y después de echar una amorosa mirada á Catalina, y de saludar á su hermana, se dirigió á Gustavo, y sacando del sobretodo un pergamino con sello del estado:

— Rimberg, le dijo, estoy muy satisfecho de vos, y nombrándoos para altas dignidades creo haberme ganado un amigo sincero.

— ¡Ah, señor...!

— Estos favores, que son merecidos por vuestros buenos servicios, me acarrearán algunos enemigos; pero hace ya tiempo que los miro sin temor, porque soy bastante fuerte para aniquilarlos.

— Acabais, señor, de dar un paso muy imprudente, dijo Isabel. Habeis derogado todos los usos establecidos, elevando al teniente á puestos que solo concedéis á vuestra nobleza.

— Eso justamente me acaba en este instante de advertir mi hermana Sofia, y me apresuro á reparar mi falta. Rimberg, tomad el título de conde.

— ¡Yo, señor! ¡Tantos favores sin haber hecho nada para...

— Tomadlo; os lo doy para que mis nobles no tengan por qué murmurar.

— ¡Luego es verdad que me amais, Sofia? exclamó al mismo tiempo Gustavo en su interior.

— Marchad, señor coronel. Mañana prepara la corte una gran cacería, á la que no invito á mi hermana Isabel porque su rostro me hace temer que esté indispuesta; pero irá la princesa Sofia, y si Isabel nos cede á la amable dama de honor que aquí veo, entramos la acompañareis, señor conde.

Gustavo, aturdido con su inesperada felicidad, salió del pabellon, después de reiterar al rey su agradecimiento.

— Y otra vez, hermana mia, prosiguió este último dirigiéndose á la princesa, no tengais tan pesadas bromas, de que puedan ser victimas personas para mí tan queridas, porque me incomodaré.

Y después de estrechar la mano de Catalina salió también del gabinete.
—Vamos, dijo Isabel con resolución, él lo ha querido....
¡Catalina morirá!

CAPITULO XII.

La cacería real.

Antes de ir mas lejos, debemos dar una explicación acerca del imprevisto desenlace que había tenido la intriga tramada por Isabel, desenlace que la había afirmado mas y mas en su resolución de vengarse de lo que ella llamaba los ultrajes de su hermano.

Hé aquí lo que había sucedido:
Sofía había hecho al rey algunas leves confianzas relativamente á Gustavo, que la penetración de Erico completó. El orgullo del monarca no era tan grande, que creyese imposible la unión de su hermana con un oficial de su ejército; antes muy al contrario, hallaba en este designio la justificación del que sobre Catalina tenía, y concediendo á la princesa cuanto le pidiera para Rimberg, contaba con echar mano de la influencia que ella ejercía sobre su hermana y sus hermanos, para hacerlos desistir de su oposición al gran proyecto que meditaba.

En esta favorable disposición de ánimo hallábase Erico cuando el alba y los preparativos de la cacería despertaron á los convidados. Contábase entre estos los grandes dignatarios pertenecientes á las primeras familias del reino, los pajes, los ojeadores y batidores en gran número, y algunos antiguos compañeros de Gustavo Wasa, que permanecían empleados en palacio.

Los hermanos del rey no quisieron asistir á esta función. Anunciaron al amanecer las trompas la hora de la cacería, y el rey vistióse un traje forrado de piel de búfalo, que cubriéndole todas las partes vulnerables del cuerpo, hacia sus movimientos tardos y embarazosos. La caza en cuestión era muy peligrosa, porque se trataba nada menos que de atacar á los osos, y á una especie de toros salvajes, conocidos con el nombre germánico de *Bonusus* ó *Auroch*. La prudencia y la etiqueta exigían pues que el jefe del estado tomase tales precauciones para no esponer su vida en esta terrible diversión, si su destreza no le ponía á cubierto de todo peligro.

La princesa Sofía, y Catalina, que había pasado á su intermediación casi toda la noche, estaban asimismo ocupadas en su tocado, y pensaban divertirse mucho en la batida.

—Si queréis, señora, permitidme que os sirva de camarera, dijo Catalina, indicadme lo que debo hacer, porque no sé cómo arreglarme....

—Bien, muy bien, hija mia, dijo la princesa con bondad; aunque ya estais mas diestra que cuando mi hermana os llevó á su lado; vuestro lenguaje se reforma y purifica, y acabareis por valer mas que todas las damas de la corte.

—¡Oh! mucho me alegraría, aunque no es voluntad lo que me falta. Durante la enfermedad que me ha postrado mas de un mes, he tenido maestros, y muchas veces he dado ocasion de que la fiebre se aumentase, estudiando, señora. He hecho progresos, sin duda alguna; pero veros ahora y oiros me acobarda, me hace avergonzarme de mí misma.

—¿Por qué?
—Porque teneis una distinción que me desespera, una manera de hablar, de decir, que no imitaré nunca. Mirad el cutis de mis manos al lado del de las vuestras.... ¡cuánta diferencia! Hay momentos en que estas reflexiones me desconuelan y me ponen en trance de llorar.

—Sois tan francamente modesta, que os amaré cualquiera que sepa apreciaros.

—Pues bien, á pesar de lo que decís creo que la princesa vuestra hermana no me ama. Me trata así.... con un desprecio y una severidad que acaso no merezco. Yo sé cuán poco valgo; pero si no la he hecho daño ninguno, ¿por qué me quiere mal?

—Creo que os engañais, Catalina, acerca de los sentimientos de Isabel.—Dadme ese corsé de piel de renífero.

—Tomadle, señora.... ¡Oh, Dios mio! Deben incomodaros mucho estas láminas de metal.... ¡Ah! si yo pudiera obtener del rey....

—¿Qué?
—Que me destinase á vuestro servicio, y no al de vuestra hermana.

—Eso sería muy difícil. Isabel pone un gran empeño en teneros á su lado....—Mi vestido de terciopelo.

—¡Ah! señora; si yo estuviese á vuestro servicio aprendería mucho.

—Ya veremos.... mas tarde, replicó Sofía mirándose en un espejo.

Después añadió con tono frio é indiferente:

—¿Qué os parece de Rimberg, ese jóven que os destinaban para esposo, Catalina?

—Pues que estamos solas, y vos me lo preguntais, os diré, señora, que me agrada un poco.

—¡Ah!
—Es arrogante, y parece de talento y distinguido....

—¡Oh Dios mio! ¡qué elogio! Parece que habeis admirado bien todas sus cualidades, dijo la princesa con emoción.

—Sin duda: él no las disfraza.

—Y segun veo, conservais de ellas una impresión....

—No tanto. Ya nos hemos los dos explicado.... de un modo bien chistoso por cierto.... hemos hecho juramento de no amarnos, que no quebrantaré, ni creo que él tampoco.

—¡Eso es increíble!

—Figuraos que ese nuevo conde está enamorado perdidamente de yo no sé quién.... y sobre esto me ha dicho mil locuras que yo no he comprendido, porque aun no conozco bien la corte para comprender esos amores.

—Es inútil que trateis de penetrar....

—Ya me he dicho á mí misma eso. ¿A mí qué me importan? bastante tengo yo.... con los míos.... añadió en voz baja.

—Segun vuestra opinion, Catalina, está muy enamorado Rimberg.

—Tanto, que da lástima. Temo que se vuelva loco.

—Es de esperar que no llegue ese caso.

—Por otra parte, él me ha hecho las mayores protestas de adhesión....

—¿Siempre como simples amigos?

—Así lo espero, porque otra cosa me incomodaria.

—Está muy bien.—Ya he acabado de vestirme, pero vos aun no. Quiero añadir á vuestros adornos esta cadena de oro y estos brazaletes, que os regalo.

—¡Regalo tan magnífico!... ¡gracias! ¡gracias! dijo Catalina besando las manos de la princesa. Me parece que estas prendas de vuestra generosidad son los primeros lazos que van á unirme para siempre con vos....

—Estos son brazaletes.... Permittedme que yo misma pase la cadena....

Y la acción siguió á estas palabras.

—¡Qué veo! exclamó Catalina; pende un retrato de esta cadena.... ¡es el suyo! ¡el del rey!....

—Devolvedmelo.... lo había olvidado, y no está comprendido en mi regalo.

—¡Oh señora! yo os ruego que no me lo quiteis.... dejádmelo todo.... nadie lo sabrá; yo lo ocultaré, señora; pero será aquí.... junto á mi corazón.... con esto me basta.

—¡Pobre insensata! dijo Sofía mirándola dolorosamente, mientras ella contemplaba el retrato; tú no sabes....

Y después con aire tranquilo:

—Guárdadlo, Catalina, continuó; y Dios quiera que no os acarree ningun mal.

En esto oyeron un gran ruido en el jardín de palacio, y habiéndose aproximado á las ventanas, vieron que el rey se disponía á partir. Entonces llegó un ayuda de cámara á avisarlas de que la comitiva las esperaba.

El conde de Rimberg, ricamente vestido, y animado por mil pensamientos de ambición y de placer, hacia caracolear con toda la arrogancia de un hábil jinete á un magnífico caballo, cuyos atavíos estaban adornados de rosetones de seda azul, color igual al de la banda de Sofía.

—Señor conde, dijo la princesa á Gustavo cuando se halló cerca de él, teneis un caballo hermosísimo, y veo que sabeis guiarlo con mano firme.

—Señora, respondió Gustavo, echando una amorosa mirada á la princesa, este caballo me es enteramente desconocido.... le he hallado esta mañana en mi casa con todos sus brillantes arneses. Yo no sabría á quién atribuir este nuevo favor, si mi corazón no me anunciase me protege una bienhechora divinidad, á quien debo todo el agradecimiento de que mi alma es susceptible.

—Es preciso dejarla hacer, añadió Catalina, que había oido estas últimas palabras; en ello nada arriesgais.

—Quizás mas que creéis, señorita, replicó; pero me dejaré conducir por la fortuna como me aconsejais, sin temblar delante de ella, y mostraré que tengo el valor que requiere mi difícil posición.

—Así me gusta oiros hablar, señor conde, añadió Sofía sonriendo. Un militar como vos no debe cejar después de tomada una resolución. Sois ya ambicioso, y esas ideas os sientan perfectamente.

Y esto diciendo, se lanzó la princesa ligeramente á la carroza. Catalina se sentó junto á ella, obediendo á una señal del rey; y habiéndose este situado á un lado del carruaje, y Gustavo al otro, se dió la orden de partir para Rosendal.

Era á mediados de otoño, y el cielo estaba cargado de nieve, contenida en la región de las nubes por un viento Nordeste muy frio; pero los cazadores no paraban en ello la atención. El rey cambiaba con Catalina algunas palabras de ternura, que no dejaba oír el ruido del carruaje, y ella le contestaba lo mejor que podía, con esa sencillez que había seducido al soberano, tanto que ninguna persona de su familia podía explicarse esta dominación increíble.

El príncipe había nacido dotado de exquisita sensibilidad, y su carácter había adquirido cierta acritud por los sucesos de su reinado; pero las fibras de su corazón estaban aun vírgenes, en toda su fuerza, y una de las casualidades mas raras del mundo fué causa de que las hiciese vibrar por primera vez y sin pensar en una oscura hija del pueblo. De aquí ese tenaz empeño en elevar al trono al objeto de este amor, que todos sus historiadores han tachado de locura.

La princesa Sofía se ocupaba poco de las cosas íntimas que su hermano decía á Catalina, porque sus ojos estaban constantemente fijos en el elegante caballero que á su lado marchaba.

Ya una vez había dejado caer por la portezuela del carruaje un guante, que Gustavo se apresuró á recoger. Algunas frases de agradecimiento habían seguido á esta acción sobrada común; pero Sofía había permitido que el conde tocase su mano al devolverla aquel objeto insignificante.

Gustavo tenía ya un aire menos encogido al hablarla, y esto era lo que parecía desear la hermana del rey.

Otra vez un lazo de cinta se desprendió de su cuello, y fué á caer en el camino. Rimberg se precipitó como antes á recogerlo; pero volvió un instante después, y la dijo con embarazo que no lo había podido disputar á un torbellino de viento que acababa de arrebatárselo.

—Eso no merece la pena, respondió la princesa alegremente; pero sentiria que cualquiera lo hallase, porque parece una prenda de amor.

—¡De amor! repitió Rimberg.

Y la princesa creyó advertir que ocultaba alguna cosa en el pecho. Sus mejillas se encendieron, y arrojándose pensativa en el fondo del carruaje, no volvió á desplegar los labios durante el camino.

Para el que por la historia conozca las livianas costumbres y pasiones por lo comun desarregladas de las princesas del Norte, desde Cristina de Suecia hasta Catalina II, lo que acabamos de decir parecerá efecto solo de una gran inocencia casi primitiva. Efectivamente, el don de un lazo parecerá demasiado sencillo y perfectamente ridículo en nuestra época mas avanzada en civilización amorosa; pero rogamos á nuestros censores recuerden el romántico carácter de la princesa Sofía, y los astutos medios de que hasta aquí la hemos visto valerse para que la comprendieran sin comprometerse.

Distinguióse ya las antiguas torres del castillo de Rosendal, y habiendo el rey dado orden de caminar mas aprisa, llegaron bien pronto á esta brillante residencia, que, cercada de sotos en medio de vastos jardines, es aun hoy día el mas delicioso retiro de los reyes de Suecia.

Arrojóse Catalina en los brazos de su padre, que fué la primera persona que encontró al bajar del carruaje.

El viejo Mansdotter, bizarramente vestido de militar, estaba orgulloso con su nueva dignidad de administrador; y

aunque fuese poco honorífica, pues no ejercía las funciones de su destino á causa de su mala educación, se daba un tono que no dejaba de tener algo cómico.

Después de haber ofrecido al rey sus respetos, condujo á Catalina al lado de su madre, que lanzó un grito de júbilo inesplicable.

—¿Con que te vuelvo á ver, mi pobre Catalina? exclamó vertiendo abundantes lágrimas. Yo creía que ya no podríamos volver á abrazarte, porque decían aquí que estabas perdida para nosotros, y que tan alta como estás ya no podrías distinguírnos....

—Os engañaban, madre mia, vos ocupais y ocupareis siempre el mejor lugar en mi corazón. Nada temais; sea cualquiera mi posición, velaré siempre sobre mi padre y sobre vos.

—¡Oh! nada tememos; solo estamos avergonzados de nuestra situación, porque he oido decir á los criados de la casa que es tu honor el que paga todo esto.

—¡No lo creais! El rey me ama demasiado para hacerme pagar tan caros sus beneficios. Estoy siempre al lado de su hermana, y solo le veo muy de tarde en tarde.

—Me vuelves la vida, hija mia; pero reflexiona bien que eres una flor campestre, á viva fuerza trasplantada á los palacios, privándote de las auras que son tu aliento vital, y que aislada, sin el apoyo de persona alguna, la menor ráfaga de viento puede troncharte.

—¿Y el jardinero, mamá? ¿no pensais en él?

—Bien, solo roguemos al cielo que no te suceda ninguna desgracia. Ahora déjame examinar con mis ojos de madre... ¡Qué hermosa estás con esos vestidos!... ¡Terciopelo!... ¡seda! ¡plumas!... ¡collares de oro!... Esto debe costar muy caro.... ¿Cómo ganas tú para comprarlo?

—Nada gano.

—Recuerdo que en otro tiempo, cuando vendias nueces ó ramos de flores en el mercado, apenas ganabas para pan.

—Hé ahí lo que es tener suerte.... La fortuna me encuentra con los brazos cruzados.... En la corte para enriquecerse no se necesita trabajar, sino saber agradar.

—Procura que dure mucho tiempo....

—Yo espero que durará siempre. Madre mia, abracémonos, y hasta luego, porque me estan esperando. Esta tarde nos volveremos á ver, y os referiré los sucesos de la caza. Adios.

Y con la esperanza de divertirse bajó la escalera como un rayo.

Esperábase en el patio una jaca con un magnífico caparazon, igual en un todo al de la destinada á la princesa Sofía, pues ya comenzaba Erico á acostumbrar á sus cortesanos que tratasen á Catalina como á su hermana, estableciendo entre las dos una especie de igualdad.

Después de un espléndido almuerzo, durante el cual se mostró el rey tan amable cuanto su carácter suspicaz le permitía, y cuando terminados los postres hubo su hermana entonado el rezo de acción de gracias, hizo que le trajesen una lira, y cantó un *virelais* de caza, cuya letra y música había compuesto, pues era este príncipe tan buen compositor, que aun se conservan cuidadosamente en los reales archivos de Stokolmo muchos cantos suyos.

Añadamos que su inesplicable amor á Catalina quizá dimanaba de que esta poseía una voz melodiosa y llena de encanto, que perfeccionada á medida que la elevaba la fortuna, llegó á ser mas tarde el medio de que se valia para agradar á la corte. Todo el mundo anhelaba oír para tener ocasion de aplaudirla, y el rey estaba orgulloso de que estos sucesos justificaran algun tanto su amor.

Hemos dicho que Rosendal, aquel día punto de reunion para una partida de caza, tenía los jardines mas hermosos de toda Suecia, y por medio de cuarenta leguas de bosque se le reunia un parque magnífico.

En estos bosques habíase ocultado Gustavo Wasa con sus montañeses dalecarlianos para lidiar con los feroces soldados del usurpador Cristian, y por consecuencia para todos los buenos suecos conservaban aquellos lugares recuerdos de interés y de curiosidad; pero las ordenanzas de Erico les impedían cazar en ellos, pues eran un coto espresamente reservado para el rey. El cazador que furtivamente en él se introdujera, se hacia acreedor al mas severo castigo.

Dada por Erico la orden para emprender la caza, la princesa Sofía y Catalina, provistas de largas lanzas con dos puntas de hierro, una de las cuales era derecha, y la otra encorvada á modo de anzuelo, montaron á caballo. Aquellos instrumentos servían admirablemente para defenderse de los ataques de animales feroces, y eran muy feroces los que á buscar iban. Además de los osos y aurochs, el bosque estaba poblado de lobos terribles, tanto mas numerosos cuanto que nadie les molestaba en sus guardias.

—¿No os inspiran temor los peligros que vamos á arrostrar, hermosa Catalina? preguntó el rey sonriendo á la exvendedora de nueces.

—No, señor, respondió la jóven; solo tengo miedo en Stokolmo; pero aquí el recuerdo de los peligros que corrí en mi infancia, cuando vivía en Upland, vuelven á mi alma su primitivo valor. Mi brazo es mas fuerte que mi corazón, señor, añadió con una mirada que sedujo al rey; y este brazo bastará para mi defensa.

—¡Bravo, amazona mia! respondió Erico; entonces solo tengo que rogaros veleis por mi hermana, que no es segun creo, ni tan valiente ni tan buena jinete como vos.

—Tenemos un protector, observó Sofía designando al conde de Rimberg, y nada debemos temer.

—Pues bien, partamos, hermana mia, y desgraciados los animales que quieran probar nuestra destreza.

Pocos instantes después había llegado la comitiva al bosque.

(Continuará.)

EL COCHERO DE CABRIOLÉ.

Ignoro si entre los que esto lean, habrá quien haya observado cuán diferentes son el cochero de cabriolé y el de fiacre. Este último, grave, inmóvil y frio, sufriendo la intemperie con una impassibilidad estoica, aislado en su asiento, sin contacto con la sociedad, permitiéndose, por única distracción, descargar algun latigazo sobre sus compañeros cuando los

encuentra al paso, sin cariño para los dos esqueletos vivientes de su vehículo, egoísta, vano y estúpido... hé aquí su *vera efigies*.

El cochero de alquiler es el reverso de esta medalla. De mal carácter ha de ser necesariamente el hombre que no corresponda con una sonrisa á sus insinuaciones, á la paja que coloca bajo los piés de los viajeros, á la manta de que se priva, por mucho que llueva, para garantizarlos del agua; ha de ser también obstinadamente mudo para contestar con el silencio á las mil preguntas que hace, á las exclamaciones que se le escapan, y á las citas históricas que siempre tiene á mano. El cochero de cabriolé ha visto el mundo y ha vivido en la sociedad; superficial en todo, pero enterado de cuanto existe, es cáustico, original y hablador; además, siempre encuentra un amigo ó un pariente que lo introducen de balde en los teatros.

El cochero de fiacre es el hombre de los tiempos primitivos, y solo conserva con los demás las relaciones estrictamente necesarias al ejercicio de sus tareas.

El cochero de cabriolé es el hombre de las sociedades envejecidas; ha llegado hasta él la civilización, y se ha entregado á ella; su moralidad se asemeja á la de Bartolo.

Conservo varios recuerdos de mis conversaciones con algunos ciudadanos de tan respetable clase, y entre ellos uno que me afectó profundamente: hace sin embargo cerca de un año que Cantillon me refirió la historia que voy á trasladar al papel.

Cantillon dirige el cabriolé número 221. Es hombre de unos cuarenta y cinco años, moreno, de facciones muy pronunciadas: en la época á que me refiero, esto es el día 1.º de enero de 1831, llevaba sombrero de fieltro con un resto de galon, leviton de paño color de vino con un resto de librea, y botas con restos de campanas. Al cabo de tanto tiempo supongo que dichos restos habrán desaparecido.

Eran las ocho de la mañana, y me había propuesto ver á varios amigos, por lo cual envié á buscar un cabriolé; mi criado volvió con el 221. Me senté en sus excelentes cojines; Cantillon puso sobre mis rodillas su carrik color de café con leche, hizo una seña al caballo, y este partió sin esperar la insinuación del látigo, que durante nuestra carrera permaneció en desuso, mas bien como un adorno obligado, que como instrumento coercitivo.

Cantillon me preguntó entonces:

—¿Adónde vamos, mi amo?

—Calle de Bondy, le contesté.

Caminamos silenciosos durante algún tiempo, hasta que por fin dijo el cochero:

—Si yo supiera donde vive Carlos No-

diér!

—¿Y qué diablos tienes tú que ver con ese escritor? le pregunté al punto.

—Le proporcionaría una buena historia para una novela.

—¿De veras?

—¡Oh! Si yo manejase la pluma como el látigo, la escribiría por mi cuenta.

—Pues bien, cuéntamela.

Cantillon me miró guiñando un ojo, y repuso:

—No tengo inconveniente, porque ya veo que no publicais obras.

—No; pero escribo piezas, y tal vez me sirva tu historia para un drama.

—¡Ah! ¿Sois por ventura el autor de los *Dos forzados*?

—No, amigo mio.

—¿Para qué teatro escribis?

—Para el teatro francés y para el Odeon.

Hizo el cochero un mohin con los labios, y esto me dió á entender claramente que yo había perdido mucho en su concepto: poco después se puso á reflexionar, y tomando al fin su partido, me dijo:

—Todo es igual: en una ocasión estuve con M. Eugenio en el teatro francés y vi á Talma en el papel de *Sila*; era un retrato exactísimo del emperador, y la pieza me pareció soberbia si las hay. Con todo, si he de decir lo que siento, los *Dos forzados* es lo mejor que se ha puesto en escena.

Nada había que responder á esto, y Cantillon añadió:

—¿Con que escribis tragedias?

—No por cierto.

—¿Pues qué haceis?

—Dramas.

—¡Ah! Sois romántico... Dias pasados llevé ahí dentro un académico que os puso á todos como ropa de pascua. Es hombre que compone tragedias; alto, seco, tiene la cruz de honor y la punta de la nariz encarnada. Vos debéis conocerle.

—¿Y tu historia?



Cantillon.

—Es muy triste, y hay en ella una muerte.

El conmovido acento con que pronunció Cantillon estas palabras aumentó mi curiosidad.

—No siempre he sido cochero de cabrioles, prosiguió diciendo, y hace como diez años que entré á servir á M. Eugenio. ¿No le habeis conocido?

—¿Eugenio de qué?...

—Nunca oí que le llamasen de otro modo, ni tampoco vi

Llegábamos al puente en que hay unas estatuas... ¿os haceis cargo? Entonces no las habia... Pasamos por delante de una muger que sollozaba con tanta fuerza, que la oimos á pesar del ruido del cabriolé, y al punto gritó mi amo: Para, Cantillon. Hicelo así y volví la cabeza; pero ya estaba M. Eugenio en el suelo.

Hacia noche tan oscura que no se veía el cielo ni la tierra: aquella muger andaba sin cesar y mi amo la seguía... De pronto se detiene en medio del puente la pobrecilla, se inclina hacia afuera, y llega á mis oídos el ruido de un cuerpo que cae al agua. M. Eugenio no dijo una, dos, tres, sino que de un salto se precipitó en el rio. Habeis de saber que nadaba como un tiburón.

Entonces dije yo: si permanezco en el cabriolé, no podré darle mucho auxilio; por otra parte, como no sé nadar, si me arrojo al agua, tendrá que habérselas con dos cuerpos inútiles. ¿Qué hice? Dije al caballo, á este mismo, que por mas señas tenia cuatro años menos y dos raciones mas de avena en el estómago: Quieto ahí, Coco! Cualquiera hubiera dicho que me entendía, porque no se movió.

Eché á correr y llegué á la orilla del rio: habia allí una barquilla, y me embarqué en ella; pero estaba amarrada, y por mas que tiraba de la cuerda... nada: quise echar mano á la navaja, y me encontré con que se me habia olvidado en casa: negocio concluido. Entre tanto se zambullia el otro como un ballenato.

Tiré al fin con tanta fuerza, que la cuerda se rompió y la barca dió una violenta sacudida; yo caí de espaldas, pero felizmente no me hice daño, y me levanté al punto diciendo: He escogido muy mala hora para contar las estrellas.

Busco á tientas los remos; pero á impulsos de mi última cabriola se habia ido uno de ellos al agua; me pongo á remar con el otro, dirijo la barca en todas direcciones, y me encomiendo á Dios...

Toda mi vida me acordaré de aquel momento, porque fué horrible para mí: cualquiera hubiera creído que el rio era de tinta, pues se veía enteramente negro. Solo de vez en cuando se elevaba alguna ola para arrojar su espuma, y allá... en medio... se distinguían por un instante el vestido blanco de la joven ó la cabeza de mi amo, que subía á la superficie alguna para respirar. Una sola vez aparecieron los dos objetos á un mismo tiempo, y oí que decía Mr. Eugenio: ¡Bueno! Ya la veo. En dos brazadas llego al punto en que un momento antes flotaba el vestido. De allí á un rato vi salir únicamente fuera del agua sus piernas... las apretó con fuerza y desapareció de nue-



El cochero de cabriolé.

Yo me hallaba á diez pasos, bajando por el río á impulsos de la corriente, estrechando el remo convulsivamente entre mis manos y diciendo: ¡Dios mio! ¿Por qué no sé nadar?

Poco después volví á ver á mi amo, que sujetaba á la jónven por el pelo: ella habia perdido el conocimiento, y ya era tiempo tambien de atender á M. Eugenio, pues su pecho despedia un sonido ronco y solo tenia las fuerzas necesarias para sostenerse sobre el agua, porque como la jónven no se movia, era tan pesada como el plomo. Mi amo volvió la cabeza para examinar de cuál de las dos orillas se encontraba mas próximo, y me vió... —Cantillon! dijo, aquí!...

Me puse en el borde de la barca y estendí el remo... pero ¡cá! faltaban mas de tres pies.

—Aquí! repitió. Hervíame la sangre dentro del cuerpo. —Cantillon!...

Una ola pasó por encima de su cabeza, y yo me quedé con la boca abierta y los ojos fijos en el punto... Le ví de nuevo, y esto me quitó una montaña del estómago: volví á alargar el remo y como que M. Eugenio se habia acercado un poco á la barca.

—Valor, amo mio, le grité; valor y esperanza...

No podia contestarme. —Soltad ese estorbo, y salvaos...

—No, no, me dijo; mas le fué imposible proseguir porque se llenó de agua su boca. ¡Ah, caballero! mis cabellos estaban herizados y todo daba vueltas á mi alrededor. El puente, el cuartel de Guardias, las Tullerías, todo bailaba ante mis ojos, y sin embargo los fijaba únicamente en aquella cabeza que poco á poco se hundia, y en aquellos ojos á flor de agua, que me miraban todavia y me parecian dos veces mas abiertos: poco después solo ví su pelo, que fué desapareciendo como lo demás: uno de sus brazos salia del agua y tenia la mano apretada y los dedos crispados... Hice el último esfuerzo, estendí el remo con rabia, con delirio y... conseguí que su mano se abriese y lo empuñase... ¡Ah!

Cantillon se enjugó la frente y yo respiré. Él continuó de este modo:

—Bien dicen que el que se ahoga es capaz de agarrarse á un hierro ardiendo, pues mi amo apretó el remo con tanta fuerza, que sus uñas quedaron señaladas en él. Yo lo apoyé sobre el borde de la barca, cargué sobre él el peso de mi cuerpo, y el de Mr. Eugenio reapareció en la superficie del agua: mi temblor era tan grande, que tuve miedo de que se me escapase el remo, y por lo tanto fui cogiéndolo, como dicen los marinos, hácia bordo: mi amo tenia la cabeza echada hácia atrás, como el que ha perdido el conocimiento; pero se iba acercando á la barca, á medida que yo tiraba del remo. Por último, alargué el brazo, le agarré por el puño, y seguro ya del negocio, le apreté con todas mis fuerzas: ocho dias después conservaba todavia las marcas azules de mis dedos.

Por su parte, no habia soltado á la jónven; hicele entrar en la barca, y ella le siguió; llamé á mi amo repetidas veces... buenas noches... y por mas que me empeñaba en hacerle abrir la boca, no pude conseguirlo.

Cogí el remo y traté de acercarme á la orilla. Con dos remos soy un bogador mediano; figuraos cómo me veria con uno solo; queria virar hácia un lado y viraba hácia el opuesto, y á todo esto me llevaba la corriente: cuando conocí claramente que hacia rumbo para el Havre, dije entre dientes:—No me con viene equivocar el camino; y así pidamos auxilio.

Y sin encomendarme á Dios, empecé á gritar como un endemoniado.

(Concluirá.)

ALEJANDRO DUMAS.

EXPEDICION ALREDEDOR DEL MUNDO

DE LA CORBETA DINAMARQUESA DE GUERRA

LA GALATEA.

(Conclusion.)

«Aun mas impotente aparece el gobierno chino con respecto á la piratería que se hace impunemente en las costas chinas, sobre todo en el río Canton y en el archipiélago situado á la desembocadura de aquel. Justamente en el verano en que nos hallamos aquí, llegaron las cosas á tal extremo que dos buques mercantes chinos fuéron saqueados de dia en aquel río. Si no hallan resistencia alguna suelen dejar escapar á la embarcacion después de haberla saqueado completamente, sin hacer daño ninguno á la tripulacion; pero si el buque apresado quiere



El cochero de cabriolé.

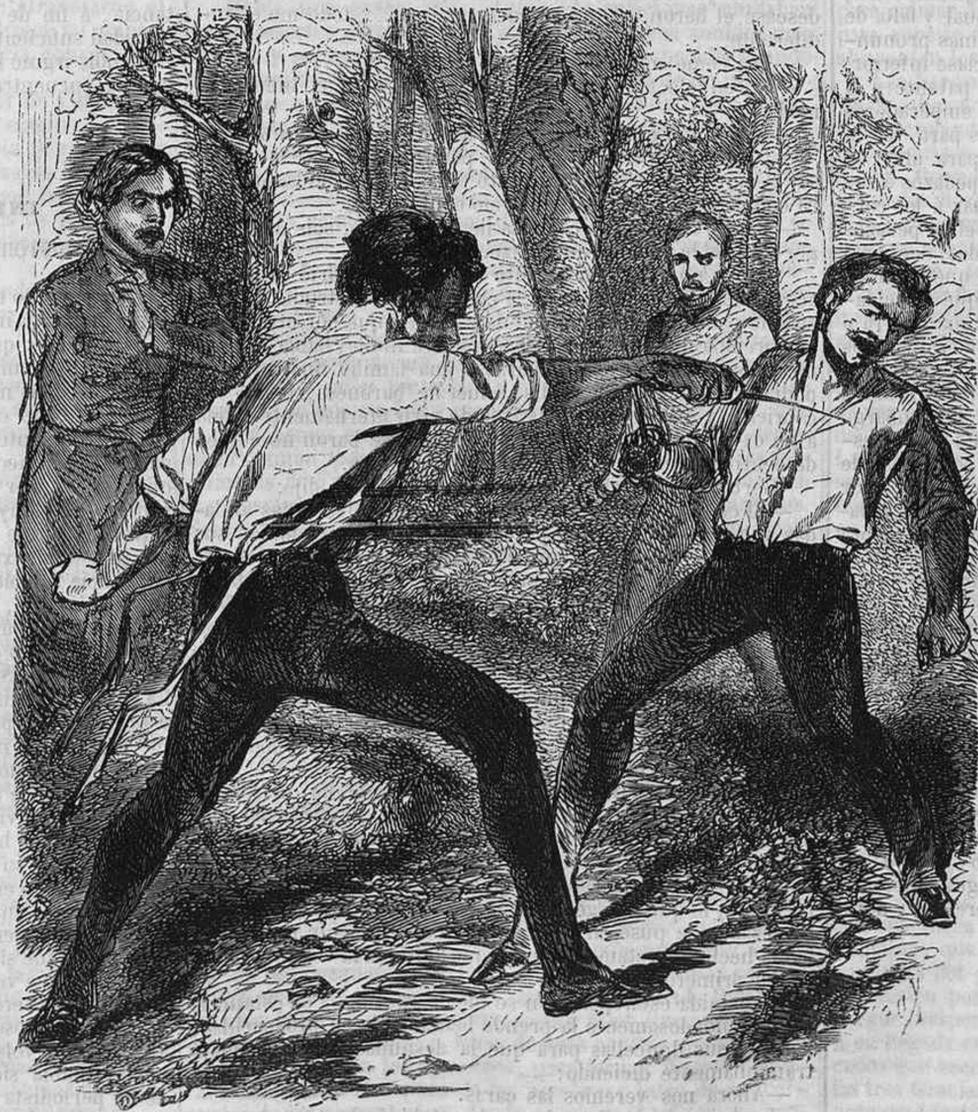
á la vela contra ellos; pero segun todas las probabilidades, no estarán aquellos muy dispuestos á emprender seriamente el exterminio de los piratas.»

Después de tratar brevemente de la actividad comercial é industrial, de agricultura, de las vias interiores de comunicacion, etc. prosigue el informe: «La lengua china suena tan tosca y rara al oido de un extranjero, que al principio no cree oír una conversacion seria entre las personas, y se acuerda involuntariamente del juicio pronunciado ya varias veces sobre los chinos de que este pueblo forma en cierto modo el *Rococo de la humanidad*. Manifiéstase esto tanto en pequeño como en grande, en esa vida vulgar, como en los mas importantes acontecimientos históricos. Cuando el chino imita en su pequeño jardin las rocas, los torrentes y las cascadas de la naturaleza; cuando en lugar de los toros de los españoles ó de los combates de gallos de los malayos, cria langostas en jaulas con el fin de enseñarlas para semejante uso guerrero; cuando se deja crecer las uñas hasta una longitud increíble á fin de pavonearse con su ociosidad y su ilustre estirpe; cuando entrelaza seda en su larga trenza para que esta le llegue hasta el talon; cuando desfigura el pié de la muger... todas estas cosas no son mas que diferentes pruebas de la misma inclinacion hácia la extravagancia. Mas la cola, que es ahora el orgullo de los chinos, no es un uso tan antiguo como pudieran creerlo muchos europeos, pues no hace mas que doscientos años que después de una considerable resistencia y de gran efusion de sangre la impusieron los tártaros al pueblo como señal segura de obediencia y yugo. En cambio el pié desfigurado de las mugeres es una moda que tiene ya de tres á cuatro mil años de fecha, y ha sido introducida, segun unos, por una emperatriz que habia sido dotada por la naturaleza con piés flojos, segun otros por los celosos maridos; pero segun opinion de los mas, por las clases de la alta sociedad, que justamente por la circunstancia de que estropeen de este modo á sus mugeres y

las coloquen en una situacion desamparada, quieren dar al mundo un testimonio de que por su origen poseen los medios de poder pasarse sin los piés.

Dijimos mas arriba que no solo la vida diaria de los chinos, sino tambien su historia contenian los rasgos mas extravagantes. Pues bien: trataremos de probarlo con algunos ejemplos: De Yu, que reinó poco tiempo después del diluvio universal, se cuenta con gran énfasis que habia inventado

una campana á la cual podian tocar los sabios cuando deseaban hacerle alguna comunicacion y que, para poder indicar cual era el ramo de ciencias que pedia audiencia, se hallaban aplicadas á esta campana una cantidad de planchas de metal, cada una con su diferente sonido. De Jeu se dice, que á pesar de todas sus caricias no pudo lograr una sonrisa de su querida Pao; entonces la preguntó qué deseaba para que le atendiese, y logró su deseo mandando desgarrar en su presencia las mas hermosas telas de seda, pues este ruido la divertia mucho. Describese la cara de Kong-fu-tse muy cómicamente como un mapamundi vivo, donde se observa un dibujo de las cinco montañas mas altas y de los cuatro rios mas grandes. Del célebre Hong-wu se refiere que, enfurecido por las espresiones libres del filósofo Meng-tse contra los príncipes, habia dado la órden de borrar las obras de este autor del número de los clásicos; entonces se fué uno de los cólegas de aquel al emperador para hacerle reflexiones en contra de semejante órden, dispuesto á pagar con la vida su atrevimiento, por cuya razon se presentó delante del emperador con su caja de muerto debajo del brazo y una cuerda al pescuezo. Hong-wu, enternecido por esta magnanimidad, revocó su severa sentencia. Otro sabio salvó á un amigo suyo, á quien se perseguia dentro de las murallas de la ciudad, imitando en la noche el canto del gallo, lo cual indujo á los guardianes á abrir las puertas antes del tiempo. ¿Y cuán gracioso no es el relato de la embajada de Ricci, que fué comisionado á Pekin con regalos del papa en Roma? Estos regalos consistian en algunos relojes y otras preciosidades, varios mapas, un retrato del Salvador y de la Santísima Virgen, y finalmente una caja con reliquias. Para el reloj se mandó construir una torre especial; los mapas los calificaron los sabios de un ensayo de los bárbaros de querer engañar á los entendidos chinos, en vista de que la China no se hallaba en el centro de todos los países y de los cuatro mares; sobre las reliquias y todas las demás cosas se pronunció el tribunal imperial en los términos siguientes: «No tenemos ninguna



El cochero de cabriolé.

Parecían pues que la historia de ese vestido viejo podía suplir perfectamente a todas nuestras investigaciones y descripciones técnicas, y que sobre todo nuestras lectoras podrían hallar interés en leer el artículo. Por eso dejamos hablar a la muselina vieja, suprimiendo únicamente la parte galante de su relato, para la cual apenas bastaría una novela.

«Caballero, nos dijo con su trémula y cascada voz, fui joven y bella, brillante y envidiada; y tal como me veis, figuré en el regalo de bodas de madama Tallien.—¡Qué muger aquella!—Pero antes de llegar á eso, mucho padecí, mucho mas que padezco ahora en mi abyección; mi infancia fué terrible. Era una pequeña semilla reluciente, y me acuerdo que servía de juguete, en América, á varios negritos que se divertían conmigo y me hacían saltar en sus juegos.

«Un día vino el amo, que era un hombre seco, frío é impetuoso, me vió, y mandó á un esclavo me metiese en la tierra. El esclavo se apoderó de mí, á pesar de las lágrimas de los niños que no querían soltarme, y me puso primeramente en un saco, donde me hallé en compañía de muchos miles de hermanas mías, todas tan pequeñas como yo.

«Al día siguiente, los esclavos se reunieron bajo las órdenes de un blanco armado de un gran látigo, cada uno de ellos con un saco de semillas á la espalda, y partieron, y bajo los ardientes rayos del sol de los trópicos trazaron unos surcos donde nos enterraron: ¿qué se ha de hacer en un surco mas que crecer para salirse fuera? Algunas semillas, animadas de un espíritu anárquico, quisieron obstinarse; pero nosotros teníamos prisa de volver al sol, de tomar nuestra parte en las alegrías de la vida, y por eso nos decidimos á romper la corteza que sobre nosotras pesaba.

«Cuando llegamos á flor de tierra, el blanco que mandaba á los esclavos lanzó un grito de alegría. ¡Ya están ahí! dijo, y desde aquel momento los esclavos no se ocupaban mas que en regarnos, y en arrancar los abrojos y yerbas que nos rodeaban. Gracias á ese cuidado infatigable, me volví una planta bastante bonita, sonriendo al sol, á la espléndida naturaleza que me rodeaba, en una palabra, á la vida. Era joven, hermosa y temible; ¿y qué queréis? fui débil. Vosotros no conocéis los misteriosos amores de las plantas, sus pasiones ignoradas, sus estremecimientos silenciosos. Me hice madre, y madre muy fecunda. Di á luz una multitud de semillas, que tampoco pudieron resistir á la amorosa embriaguez, que abrieron su seno al polen que la brisa, dulce mensajera de amor, les traía cada mañana, y al cabo de algunos meses dejaron escapar capullos sedosos; yo habia hecho algodón sin saberlo, ó por mejor decir, me habia vuelto algodón yo misma.

«Los negros, chorreando sudor, muertos de cansancio, me cogieron brutalmente, y me llevaron á una granja, donde, con el pretexto de limpiarme, me dieron sendos golpes con una máquina que me separó del grano á que estaba adherida. No insistí en los dolores que pasé con esta cruel separación, porque la lista de mis sufrimientos es bastante larga.»

Al decir esto, el viejo vestido miró de reojo, como si desconfiara de sus vecinos de derecha é izquierda; pero como la casaca de prefecto y el sombrero no parecían que escuchaban, el vestido en cuestión continuó en estos términos:

«Cuando se verificó esa primera separación, dió principio mi odisea. Me metieron en una paca, ¡y de qué modo! ¡Ah caballero! en mi vida mundana me han apretado varias veces, pero nunca fué como entonces; apenas podía respirar dentro del fardo. Los esclavos me llevaron á las orillas del río, que estaba cerca, allí me embarcaron, para desembarcarme y volverme á embarcar en grandes buques, que atravesaron el Océano, desafiando horribles tempestades, hasta tal punto, que una tripulación deliberó cierto día si sería conveniente arrojarme al mar para salvarse ella.

«A través de tantas vicisitudes llegué por fin á Marsella. Viagé vergonzosamente por la Francia, no en camino de hierro, porque entonces la civilización no habia llegado á ese punto, sino en una galera, acostándome por las noches en posadas donde los arrieros se emborrachaban con las maritorras. ¡Ah! lejos estaba ya de aquellos amores de planta, de aquellos himnos de ternura que murmurábamos durante nuestras noches de los trópicos!»

Aquí el vestido lanzó un suspiro, y tomando uno de sus volantes, enjugó una lágrima que rodaba por su corpiño, y continuó:

«Comprado, vendido y revendido, habiendo enriquecido ya á mi dueño americano, á negociantes, corredores, capitanes de buques, etc., etc., llegué por fin á mi destino. Abrieron la paca que me encerraba, y me dió el aire; me vi en una de las primeras hilanderías de la Francia.

«Allí me sometieron á la acción de máquinas muy ingeniosas, y me hilaron: ¡Oh suplicio! ¡me estremezo cada vez que me acordó!»

Aquí el vestido se entregó á una multitud de juegos de palabras y de alusiones á los sucesos políticos, y á las crisis revolucionarias, y continuó de este modo:

«Me hilaron, y tan fino, que no lo hubiera hecho una araña. Después me transportaron á Tarara, donde me tejieron con esmero; luego me enviaron á la impresión, de donde, gracias á los descubrimientos químicos, volví adornado con florecillas de color de rosa y azules, que hicieron las delicias de las mugeres de mi tiempo. Después de esto me sometieron á la presión de máquinas hidráulicas, que me dieron el aspecto que perdí después con tantas otras cosas! Los timbreros, los tejedores, los que venden colores, toda esa gente se fué enriqueciendo á mi costa.

«Entonces vino un tendero de la calle de Saint-Honoré, que se enamoró de mí y me compró, y me puso á la puerta de su tienda, exigiendo por mí un precio exorbitante, porque yo era moda y hacia furor; me acariciaron las mas blancas manos, y me admiraron los ojos mas hermosos del Directorio. Por último me compraron para figurar en el regalo de bodas de Mad. de Tallien, aunque no sin haber sufrido grandes transformaciones. Llamaron á las mejores costureras de París; trajeron á las floristas mas afamadas; por último, Saint-Etienne y Lyon enviaron sus mejores cintas para adornar mi corpiño. Aquellos fueron mis dias de triunfo; oí declaraciones de amor bien ardientes... y ahora, después de tantas vicisitudes.»

Una especie de estremecimiento agitó el ajado corpiño del pobre vestido viejo, y mientras yo me condolia de esa decadencia, después de tantos triunfos, oí dos carejadas sard-

nicas procedentes de los dos vecinos, la casaca bordada y el sombrero de raso, que habiendo oído lo que antecede, se burlaban del pobre vestido.

«Caballero, me dijo gravemente la casaca bordada, todo lo que acabais de oír no es nada, comparado con mi lamentable historia. Este vestido viejo os ha hablado de la industria algodonera; yo podria hablaros de la industria de paños y de mis bordados antes tan hermosos...»

«Callaos, repuso con acento atrevido el sombrero de raso, ¿qué vale vuestro grosero tejido de lana al lado de mi sedosa tela, de mis cintas y de mis plumas? Mi existencia es una novela...»

Y ambos, interrumpiéndose á porfía, me contaron las cosas mas singulares sobre la doble industria de la lana y de la seda, sobre la de los bordados y la de las cintas. Quizá pondré en órden sus relatos para contarlos un dia á mis lectores.

L. JOURDAN.

SMARRA

6

LOS DUENDES DE LA NOCHE.

(Continuación.)

El mismo espectáculo os hubiera llamado la atención en Larisa, porque en todas partes hay desgraciados, aunque la infelicidad lleva aquí el sello de una cosa, que es mucho mas degradante que la miseria, mas horrible que el hambre, y mas funesta que la desesperación. Aquellos desventurados se adelantan lentamente unos tras otros, como unas figuras fantásticas, dispuestas por hábil mecánico en una rueda que indica las divisiones del tiempo. Doce horas trascurren mientras el silencioso cortejo da la vuelta á la plaza circular, aunque la estension de esta es corta. Los espectros vivos casi nada conservan de humanos: su piel se parece á un pergamino blanco, estirado sobre huesos; la órbita de sus ojos no se anima con una sola centella del alma; sus pálidos labios se estremecen de inquietud y de terror, ó se contraen con una sonrisa desdeñosa y feroz, como el último pensamiento de un criminal que sube la escalera del suplicio. La mayor parte de ellos se ve agitada por débiles y continuas convulsiones, y todos tiemblan como la varilla de hierro de ese instrumento, llamado trompa, que los muchachos hacen resonar entre sus dientes. Los mas dignos de lástima estan condenados á asustar eternamente á los que pasan por allí, con la repugnante deformidad de sus contraídos miembros. Y con todo, ese período regular de su vida, que separa dos sueños, es para ellos el de la suspensión de sus mas crueles dolores. Víctimas de la venganza de las brujas de Tesalia, son presa de tormentos que ningún idioma puede expresar, desde que el sol deja de protegerles contra las infernales soberanas de las tinieblas. Por eso se lamentan del rápido curso del astro del dia, y miden con tristes ojos el espacio que recorre, pidiéndole que no vuelva á su lecho de azul y que permanezca suspendido de las nubes de oro del poniente. No bien llega la noche á desengañarles; no bien el último reflejo se desvanece, cuando se levanta entre ellos un murmullo formidable; sus dientes se entrechocan con desesperación y rabia, se estrechan y se evitan... porque tienen miedo de ver por todas partes brujas y fantasmas. Ya es de noche... el infierno vuelve á abrirse.

Habia uno entre ellos, cuyas articulaciones chillaban como resortes gastados, y cuyo pecho exhalaba sonidos mas roncacos y sordos que los de un tornillo enmohecido cuando entra con trabajo en su rosca. Pero los restos de un rico bordado que se observaba en su capa, una mirada triste y graciosa que de vez en cuando brillaba en su abatido rostro, y no sé qué mezcla inconcebible de embrutecimiento y de orgullo, semejante á la desesperación de la pantera aprisionada, le hacian notable entre la turba de sus miserables compañeros. Cuando pasaba por delante de las mugeres solo se oía un suspiro. Sus rubios cabellos caian en descuidados rizos sobre sus hombros: en su cuello se veía una mancha sangrienta, la cicatriz triangular de un hierro de lanza, la señal de la herida que me robó á Polemon en el sitio de Corinto, cuando este fiel amigo se precipitó sobre mí para librarme de la rabia feroz de un soldado que iba á sacrificarme. Era Polemon, á quien tanto habia yo llorado, y que siempre se presenta en mis sueños á recordarme, con un frío beso, que al fin debemos encontrarnos en la vida inmortal de la muerte: era Polemon todavía vivo, pero sujeto al imperio de las hechiceras de Tesalia y de los demonios que las acompañan en las inexplicables solemnidades de sus nocturnos conciliábulos. Se detuvo, procuró leer en mis facciones un recuerdo, acercóse á mí con inquietos y mesurados pasos, tocó mis manos con la suya que temblaba, y después de haberme asustado abrazándome estrechamente, esciamó riéndose horriblemente:

—¡Lucio!... ¡Lucio!...

—¡Polemon!... le contesté. ¡Querido Polemon! ¡Amigo y salvador de Lucio!...

—Fué en el otro mundo, me replicó bajando la voz: ya me acuerdo... sí, en aquella otra vida, que no pertenecía al sueño y á sus fantasmas.

—¿Qué es lo que dices de fantasmas?

—Mira, me contestó estendiendo la mano hácia el crepúsculo, ahí vienen.

—¡Oh! No te entregues á las inquietudes de las tinieblas. Cuando las sombras de las montañas bajan engrandeciéndose y acaban por confundirse en silencio sobre la oscura tierra; cuando las fantásticas imágenes de las nubes se estienden y entran juntas bajo el velo protector de la noche, como espesos clandestinos; cuando las aves de rapiña empiezan á chillar en los bosques y cantan los reptiles con su voz cascada en las orillas de los pantanos... entonces, querido Polemon, no abandones tu atormentada mente á las ilusiones de las sombras y de la soledad. Huye de esos ocultos senderos, en los cuales se citan los espectros, para formar negras conjuraciones contra el reposo de los hombres; huye de las cercanías de los cementerios, donde se reúne el misterioso condejo de los muertos, para aparecerse después, envueltos en sus sudarios, á los vivos; huye de la pradera descubierta, en que la yerba se seca y muere, herida por los pasos de las

brujas. ¿Quieres creerme, Polemon? No ignoras que los demonios temen á los vapores odoríferos de la cera y del aceite embalsamado, que brillan suavemente en el alabastro: se estremecen al aspecto de los pulimentados mármoles, iluminados por lustros de cristales móviles, que arrojan sobre ellos reflejos de diamantes, como una cascada herida por el último rayo del sol horizontal. Ni una sola lámina, ni una vieja descarnada se han presentado á profanar con sus asquerosos rostros los banquetes de Tesalia. La misma luna, que invocan, la espantan, cuando deja caer sobre ellas uno de sus pasajeros rayos, que comunican á los objetos el débil color del estaño: entonces huyen con mas rapidez que la culebra, á la cual pone en guardia el grano de arena que pisa el viajero. No temas que te sorprendan en medio de las luces que iluminan mi palacio y que hacen resaltar los marcos de oro y los tersos cristales de los espejos. Mira, Polemon, con qué rapidez se alejan de nosotros, desde que caminamos, entre las hachas de viento de mis esclavos, por estas galerías llenas de estatuas, obras maestras inimitables del génio de la Grecia. La inmovilidad de sus formas, la pureza de sus rasgos, la tranquilidad de sus actitudes, siempre eterna, sosegarían al mismo miedo. Si llega á tus oídos algun ruido extraño, es el de la ninfa que esparce sobre tus fatigados miembros los tesoros de su urna de cristal, con los cuales mezcla perfumes, desconocidos hasta ahora en Larisa, á saber: el ámbar que yo mismo he cogido en las orillas de los mares donde nace el sol; el jugo de una flor, mil veces mas suave que la rosa, y que solo crece en las espesas sombras de Coreyro, y las lágrimas de un arbusto querido de Apolo y de su hijo, el cual o-tenta en las rocas de Epidauró sus ramilletes de púrpura, que tiemblan con el peso del rocío.

Mira tambien á Mirta, á la bella entre las bellas, á la mas jóven de mis esclavas, á la que has visto inclinarse para contemplarte, porque ama todo lo que yo amo... posee encantos que nadie conoce mas que ella y el espíritu que se los comunica durante el sueño: ahora anda errante, como una sombra, alrededor de los baños; corre entonando canciones que ahuyentan á los demonios, y hiere con sus dedos las cuerdas del arpa, que le presentan los géneos obedientes á sus deseos. Escucha las vibraciones de ese instrumento mágico; escucha la voz del arpa de Mirta; es un sonido grave y solemne, que hace olvidar las cosas de la tierra, que se prolonga y se sostiene, ocupando el alma como un pensamiento fijo, para volar después y desaparecer en el espacio. Dime, Polemon, ¿no oyes esos ecos divinos que arrojan lejos de nosotros las negras ideas sugeridas por las infernales brujas de Tesalia?

He experimentado todas las ilusiones buenas y malas de los sueños. ¿Qué hubiera sido de mí sin los auxilios del arpa de Mirta y sin su voz, que turbaba el doloroso descanso de mis noches? ¡Cuántas veces me he inclinado desde un puente sobre un río para contemplar mis facciones, desencajadas por la angustia, y mis cabellos erizados por la desesperación! ¡Cuántas me he estremecido al descubrir señales de sangre en mis pálidos labios, y al sentir que mis dientes se arrancaban de sus alveolos y que mis uñas caían á pedazos abandonando sus raíces! ¡Cuántas asustado de mi completa desnudez, me he entregado inquieto á los sarcasmos de la multitud, con una túnica mas corta, mas ligera, mas trasparente que la que ostentan las cortesanas en su vergonzoso desenfreno! ¡Cuántas me han sobrecoigido sueños mucho mas espantosos y horribles! ¿Y qué hubiera sido de mí, repito, sin los consuelos del arpa de Mirta, sin su voz celestial, sin la armonía que enseña á sus hermanas, cuando la rodean obedientes para calmar los terrores de los desgraciados que duermen, para repetir á sus oídos cantos suaves y melancólicos que ahuyentan los sueños tempestuosos del corazón?

Las hermanas de Mirta han preparado el festin. Ya veo á Theis, hermosa entre las hermosas hijas de Tesalia: allí está mezclando en el espumante vino de las preciosas copas la miel mas esquisita que se coge en los encantados prados de Sicilia. Privada la abeja de su tesoro, vuela inquieta por medio de las flores y pide su miel á los céfiros que embalsaman el aire; murmura de dolor porque sus crías no encontrarán asilo en ninguno de los mil palacios que ella ha construido con ligera y trasparente cera, y porque no llegarán á probar la deliciosa miel que ha cosechado para ellas en los perfumados bosques del monte Hybla. Theis y sus hermanas se afanan sumisas en los preparativos del banquete, cubren de flores las granadas, y de hojas de rosa la espumosa leche, y echan á los horruillos ámbar é incienso, que levantan llamas azules y acarician sus labios de oro, confundiendo con las de color de púrpura que vuelan sobre la superficie del vino. Las llamas suben, bajan, y se estravian como el fantástico sueño de la soledad, que se recrea en los espejos de las fuentes. ¿Quién podrá decir cuántas veces ha circulado la copa en torno de la mesa del festin y cuántas ha vuelto á colmarse del sabroso néctar? Jóvenes, escanciad; no escaseéis el vino ni el hidromiel. Vamos; otra libación para que huyan desparvoridos los duendes de la noche. Ahora no veo mas que los alegres géneos de la embriaguez: semejantes á esos ágiles insectos que en las noches de verano revolotean formando en el aire líneas y círculos de fuego, alegran con sus chispas de diamante mis turbados ojos, y refrescan, con la brisa que sacuden sus alas, esta ardorosa frente que se inclina bajo el peso de los densos vapores del vino. La nube luminosa se pasea, se mece inconstante, descansa ó se revuelve inquieta, y cae por último sobre la copa de un pino, que aparece de pronto iluminado, como una pirámide consagrada á las fiestas públicas. Cuando el estraviado viajero busca con ansia, á través del horizonte, un punto luminoso que le ofrezca asilo protector, los maliciosos géneos le hacen dar mil y mil vueltas por el bosque, engañándole con sus fugaces luminarias, con sus voces fingidas ó con los lejanos ladridos del perro vigilante, que cuida una quinta solitaria: así abusan de la confianza del pobre viandante, hasta que al fin, movidos á compasión por su cansancio, le presentan de pronto un albergue inesperado que nadie ha visto antes en aquel desierto. A su llegada encuentra fuego para calentarse, manjares delicados que escitan su apetito, y una jóven tan hermosa como las tres Gracias, que le sirve, sin levantar la vista hácia él, porque el instinto del pudor la dice que es peligroso para ella mirar al extranjero. Sorprendido al siguiente dia de una acogida tan benévola, se levanta y conoce que por haberse estraviado en el bosque se encuentra en un atajo que

acorta muchísimo su viaje: su corcel relincha impaciente y hiere el suelo con su pezuña en señal de que quiere lanzarse al galope. Un duendecillo salta desde el jardín del albergue á la grupa del caballo, enreda sus dedos en las pobladas crines, y la peña con increíble presteza, las arregla en lustrosas



Smarra.

ondas, celebra con un chillido de placer las maniobras que ha ejecutado con el viajero, y huye á reirse del despecho de otro mortal dormido, que rabia de sed, que ve huir de sus labios un manantial tan límpido como refrigerante, que examina desesperado el fondo de una copa vacía, y que, al despertar, la encuentra colmada del mas rico vino de Siracusa, que el duende ha exprimido de racimos selectos, burlándose al mismo tiempo de las inquietudes que causa.

Aquí puedes beber, hablar y dormir sin temor, porque los duendes son amigos nuestros: refiere pues, Polemon, los extravagantes dolores que has creído sentir, bajo el imperio de las brujas, porque los tormentos con que abruma á nuestra imaginación, se reducen á las ilusiones de un sueño, mas ó menos pesado, que se desvanece cuando brillan en el horizonte los primeros rayos de la aurora. Theis, Thelaira y



El ladrón de la corte.

Mirta desean oírte: habla, Polemon, y cuéntanos tus angustias, tus terrores y las locuras de tus noches... Theis, acércanos las copas... Thelaira, sonríete cuando él hable para que su alma se consuele... y tú, Mirta, cuando veas que se entrega á desesperadas ilusiones, canta y haz resonar las

cuerdas de tu arpa cólica. De este modo pasaremos las terribles horas de la noche, esas horas fatigosas en que imperan tumultuosamente los sueños, llevándonos de placeres en placeres y de tormentos en tormentos, por todas las alternativas de la existencia, hasta que los refulgentes rayos del sol empiezan á sacar á la naturaleza de su letargo.

EPISODIO.

Hanc ego de calo ducentem sidera vidi:
Fluminis hinc rapidi carmine verti iter.
Hinc cantu fuditque solum, manesque sepulchris
Elicit et tepido devocat ossa rogo.
Quum libet, hinc tristi depellit nubila caelo:
Quum libet, castivo convocat orbe nives.

TIBULLIUS.
Esta noche experimentarás convulsiones terribles: los duendes ejercerán en tus sentidos su malicia cruel.

SHAKESPEARE.

¿No conoceis, amables jóvenes, dijo Polemon, los caprichos de las mugeres? Sin duda habeis amado, y no ignorais cómo el corazon de una viuda, que distrae sus recuerdos en las solitarias orillas del Peneo, se deja sorprender algunas veces por la tez tostada de un soldado, cuyos ojos brillan con el fuego de la guerra y cuyo pecho ostenta una generosa cicatriz. Aparécese orgulloso y tierno entre las bellas, semejante al leon que, en dichosa y fácil servidumbre, procura olvidar el fastidio del desierto. De este modo quiere el soldado entretejer el corazon de la muger, cuando no le llama el clarin guerrero y cuando el combate no ofrece sabroso estímulo á su impaciencia. Tambien sabeis, porque sois de Tesalia, que ninguna muger se ha igualado en belleza á la noble Meroe, que desde su viudez arrastra lutos blancos bordados de plata: Meore es la mas hermosa de todas las criaturas de Tesalia. ¡Oh! ¡Cuántas veces he aspirado el aire perfumado que la rodea, el polvo que sus piés levantan! ¡Cuántas me he adelantado á ella para robar un rayo á sus miradas, un soplo á su boca y un átomo al torbellino que acaricia y adula sus movimientos! ¡Cuántas, al sentir el contagioso roce de su túnica, me he estremecido en los amenos verjeles de Larisa! Cuando ella los recorria, rugian las nubes, como al aproximarse la tempestad; mis oídos zumbaban, oscureciábase mis pupilas en sus estraviadas órbitas, y mi corazon se anonadaba bajo el peso de una alegría intolerable. Estaba allí Meroe, y yo saludaba á las sombras que se habian estendido sobre ella y al aire que habia descompuesto sus vestiduras: yo preguntaba á los árboles y á las flores ¿habeis visto á Meroe? Si se recostaba sobre un lecho de rosas, ¡con qué afán recogia yo las rosas que su cuerpo habia destrozado! El mismo delirio me hacia besar los blancos pétalos pintados de carmin, que adornan la inclinada frente de la anémoma, las brillantes flechas que arroja el disco de oro de la margarita, y el velo de gasa que rodea al tierno lirio, antes de que lo vivifique el sol. Meroe no podia menos de fijar su atencion en mí... Cierta dia, á la hora del crepúsculo, encontré su mirada... se sonreia... pasó delante de mí, pero acertó el paso y se volvió para verme. El aire no movia su cabellera, y sin embargo ella levantó la mano como si procurase arreglarla. La seguí, Lucio, hasta el palacio, hasta el templo de la princesa de Tesalia, y la noche descendió sobre nosotros. ¡Ah! ¡Qué noche de terror! ¿Por qué no fué la última de mi vida? ¿Por qué duró tanto?

«Un sacudimiento doloroso recorria rápidamente mis nervios, trastornándolos con inesperados temblores: mi carne se encogia como una membrana seca aproximada al fuego; mi hinchado pecho parecia que iba á romper, estallando con violencia los lazos de hierro que lo sujetaban, cuando Meroe, sentada á mi lado, fijó en mis ojos una mirada profunda, puso su mano sobre mi corazon para asegurarse de que los movimientos de este estaban suspendidos, la detuvo allí, pesada y fria por largo espacio, y huyó en seguida lejos de mí, con la rapidez de una flecha despedida por el arco. Corria por el mármol del palacio, repitiendo las tonadas de las viejas pastoras de Siracusa, que encantan á la luna en sus nubes de nácar y plata; perdíase en la profundidad de aquel salon inmenso, y gritaba de vez en cuando horriblemente llamando á unos amigos, á quienes todavía no habia nombrado en mi presencia.

«En tanto que yo veia bajar por las paredes, estrechase bajo los pórticos, y balancearse en las bóvedas una inmensa nube de vapores, diferentes entre sí y que solo tenian de existencia apariencias de formas, un rumor tan débil como el murmullo del mas tranquilo estanque, en una noche silenciosa, llegó indeciso, reflejando por los objetos ante los cuales flotaban aquellas figuras transparentes... Una llama azulada y chispeante salió repentinamente de todos los ángulos de la formidable estancia, y Meroe, furiosa como una Bacante en delirio, volaba de uno á otro murmurando estas confusas palabras:

«Aquí la verbena en flor; allá... tres ramas de sauce, cogidas á media noche sobre las tumbas de los que han perecido al filo de la espada; al otro lado... el velo de la viuda, cuyo esposo ha sido degollado por un falso amigo... A ese otro, las lágrimas de la tigre, muerta de hambre, que no se consuela porque ha devorado á uno de sus hijuelos.»

«Y sus trastornadas facciones expresaban tanto sufrimiento y horror, que casi tuve lástima de ella. Temiendo ver interrumpidos sus conjuros por algun obstáculo imprevisto, saltó de rabia, se alejó, volvió con un lazo compuesto de trece crines, arrancadas á una yegua blanca por el mismo ladrón que habia asesinado á su amo, y con aquella trenza flexible hizo bailar el rhombus de ébano. Las llamas se enderezaban como lenguas de serpientes, y las sombras aparecieron contentas y satisfechas.

«Venid, venid, gritaba Meroe; es preciso que los espíritus de la noche se apacigüen y que se alegren los muertos. Traedme la verbena en flor, el sauce cogido á media noche y el trébol de cuatro hojas; entregad ramilletes escogidos á Saga y á sus nocturnos satélites.»

Dirigiendo después sus miradas al áspid de oro, cuyos

pliegues se enroscaban en su desnudo brazo, lo desató y empezó á llamarle con palabras secretas; animada al punto la serpiente, estendió sus brillantes anillos y huyó lanzando horribles silbidos, semejante á un esclavo que recobra su libertad. Al mismo tiempo se abren todas las bóvedas, descé-



El Cisne de Plata.

brense todos los espacios del cielo; bajan los astros, y las nubes se aplanan y tocan la tierra cubriéndola de tinieblas. La luna, tinta en sangre, se parece á un escudo de hierro, sobre el cual se deposita el cuerpo de un joven esparciado, degollado por el enemigo; rueda y hace pesar sobre mí su disco lívido, que oscurece mas y mas el humo de los apagados fuegos del palacio. Meroe prosigue corriendo y golpeando con sus manos, que despiden relámpagos, las innumerables columnas del salon, entre las cuales aparecen ejércitos de fantasmas: no hay una sola entre todas que no presencie el sacrificio de un niño recién nacido, arrancado á las caricias de su madre. ¡Piedad!... ¡Piedad!... exclamé, para esa madre infortunada que disputa su hijo á la muerte. Pero esta ahogada súplica no llegaba á mis labios, sino con la fuerza del soplo de un agonizante, que dice... ¡Adios! Sí; espiraban en mi boca bal-



El ladrón de la corte.

buciente por medio de inarticulados sonidos; moria como el grito del hombre que se ahoga y que en vano procura confiar á las mudas aguas su última desesperación. Las aguas insensibles sofocan su voz, la cubren, devoran sus quejas... ¡Ah! No las llevarán hasta la orilla.